

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalerunt

Año XLIII, número 45 (2.236)

Ciudad del Vaticano

6 de noviembre de 2011

En el Ángelus del 1 de noviembre el Papa recuerda también a los fieles difuntos

La vida una carrera hacia la santidad

Existen diversos caminos de santidad, que tienen un común denominador: «Seguir a Cristo y configurarse con él, fin último de nuestra historia humana». Lo dijo el Papa en el Ángelus del martes 1 de noviembre, solemnidad de Todos los Santos.

Queridos hermanos y hermanas:

La solemnidad de Todos los Santos es ocasión propicia para elevar la mirada de las realidades terrenas, marcadas por el tiempo, a la dimensión de Dios, la dimensión de la eternidad y de la santidad. La liturgia nos recuerda hoy que la santidad es la vocación originaria de todo bautizado (cf. *Lumen gentium*, 40). En efecto, Cristo, que con el Padre y con el Espíritu es el único Santo (cf. *Ap* 15, 4), amó a la Iglesia como a su esposa y se entregó por ella con el fin de santificarla (cf. *Ef* 5, 25-26). Por esta razón, todos los miembros del pueblo de Dios están llamados a ser santos, según la afirmación del apóstol san Pablo: «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 *Ts* 4, 3). Así pues, se nos invita a mirar a la Iglesia no sólo en su aspecto temporal y humano, marcado por la fragilidad, sino como Cristo la ha querido, es decir, como «comunidad de los santos» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 946). En el *Credo* profesamos la Iglesia «santa», santa en cuanto que es el Cuerpo de Cristo, es instrumento de participación en los



Beato Angelico, detalle de la «Pala di Fiésole» (1424-1425)

SIGUE EN LA PÁGINA 5

Mensaje para la Jornada mundial del emigrante

Migraciones y nueva evangelización

En la nueva situación creada por los cambios amplios y profundos de la sociedad, debemos despertar en cada uno de nosotros el entusiasmo y la valentía que impulsaron a las primeras comunidades cristianas a anunciar con ardor la novedad evangélica. Lo pone de relieve Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado de 2012. Es necesario —añade el Papa— hacer que resuenen en nuestro corazón las palabras de san Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 *Co* 9, 16). En efecto, «el momento actual llama a la Iglesia a emprender una *nueva evangelización* también en el vasto y complejo fenómeno de la movilidad humana, intensificando la acción misionera». El Pontífice encomienda esta tarea de nueva evangelización de modo especial a las personas, originarias de pueblos marcados por la fe cristiana, que emigran a países donde los cristianos son una minoría o donde la antigua tradición de fe ya no es una convicción personal ni una confesión comunitaria.

PÁGINA 3

Catequesis del Santo Padre en la audiencia general

Sed de eternidad



PÁGINA 12

Misa en sufragio de los cardenales y obispos fallecidos en el año

En el misterio del «tercer día»

Dios se hace tan cercano al hombre «que no se detiene ni siquiera ante el abismo de la muerte, más aún, lo atraviesa, permaneciendo durante dos días en el sepulcro»; pero en el misterio del «tercer día» Cristo «asume hasta las últimas consecuencias nuestra carne mortal a fin de que sea revestida del glorioso poder de Dios». Lo dijo el Papa en la homilía de la misa celebrada el jueves 3 de noviembre, por la mañana, en el altar de la Cátedra de la basílica vaticana, en sufragio de los cardenales, arzobispos y obispos fallecidos durante el año. Son diez los cardenales que han muerto entre el 22 de noviembre de 2010 y el 3 de septiembre de 2011, y 118 los arzobispos y obispos fallecidos entre el 28 de octubre de 2010 y el pasado 24 de octubre.



PÁGINA 2

EN ESTE NÚMERO

Beatificación de sor María Catalina Irigoyen, *página 4*. Ángelus del 30 de octubre, *página 5*. Audiencia de Benedicto XVI a los representantes de las religiones que participaron en el encuentro de Asís, *página 6*. El «Premio ¡Bravo!» concedido a nuestro periódico, *página 8*. Discurso del Papa al nuevo embajador de Brasil, *página 9*. Mensaje de Su Santidad con motivo del 50º aniversario de Adveniat, *página 9*.

Misa del Papa en sufragio de los cardenales y obispos fallecidos durante el año

En el misterio del «tercer día»

Dios se hace tan cercano al hombre «que no se detiene ni siquiera ante el abismo de la muerte, más aún, lo atraviesa, permaneciendo durante dos días en el sepulcro»; pero en el misterio del «tercer día» Cristo «asume hasta las últimas consecuencias nuestra carne mortal a fin de que sea revestida del poder glorioso de Dios». Lo dijo el Papa en la homilía de la misa celebrada el jueves 3 de noviembre, por la mañana, en el altar de la Cátedra de la basílica vaticana, en sufragio de los cardenales, arzobispos y obispos fallecidos durante el año. Son diez los cardenales que han muerto entre el 22 de noviembre de 2010 y el 3 de septiembre de 2011, y 118 los arzobispos y obispos fallecidos entre el 28 de octubre de 2010 y el pasado 24 de octubre.

Venerados hermanos, queridos hermanos y hermanas:

Al día siguiente de la conmemoración litúrgica de todos los fieles difuntos, nos reunimos en torno al altar del Señor para ofrecer su Sacrificio en sufragio de los cardenales y de los obispos que, en el curso del último año, han concluido su peregrinación terrena. Con gran afecto recordamos a los venerados miembros del Colegio cardenalicio que nos han dejado: Urbano Navarrete, S.J., Michele Giordano, Varkey Vithayathil, C.S.S.R., Giovanni Saldarini, Agustín García-Gasco Vicente, Georg Maximilian Sterzinsky, Kazimierz Świątek, Virgilio Noè, Aloysius Matthew Ambrozic y Andrzej Maria Deskur. Juntamente con ellos presentamos al trono del Altísimo las almas de los hermanos en el episcopado fallecidos. Por todos y por cada uno elevamos nuestra oración, animados por la fe en la vida eterna y en el misterio de la comunión de los santos. Una fe llena de esperanza, iluminada también por la Palabra de Dios que hemos escuchado.

El texto, tomado del *Libro del profeta Oseas*, nos hace pensar inmediatamente en la resurrección de Jesús, en el misterio de su muerte y de su despertar a la vida inmortal. Este pasaje de Oseas —la primera mitad del capítulo VI— estaba profundamente grabado en el corazón y en la mente de Jesús. En efecto, —en los

Evangelios— retoma más de una vez el versículo 6: «Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos». En cambio, Jesús no cita el versículo 2, pero lo hace suyo y lo realiza en el misterio pascual: «En dos días nos volverá la vida y al tercero nos hará resurgir; viviremos en su presencia». El Señor Jesús, a la luz de esta palabra, afrontó la pasión, emprendió con decisión el camino de la cruz. Hablaba abiertamente a sus discípulos de lo que debía sucederle en Jerusalén, y el oráculo del profeta Oseas resonaba en sus mismas palabras: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará» (Mc 9, 31).

El evangelista anota que los discípulos «no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle» (v. 32). También nosotros, ante la muerte, no podemos menos de experimentar los sentimientos y los pensamientos que brotan de nuestra condición humana. Y siempre nos sorprende y nos supera un Dios que se hace tan cercano a nosotros que no se detiene ni siquiera ante el abismo de la muerte, más aún, que lo atraviesa, permaneciendo durante dos días en el sepulcro. Pero precisamente aquí se realiza el misterio del «tercer día». Cristo asume hasta las últimas consecuencias nuestra carne mortal a fin de que sea revestida del poder glorioso de Dios, por el viento del



Espíritu vivificante, que la transforma y la regenera. Es el bautismo de la pasión (cf. Lc 12, 50), que Jesús recibió por nosotros y del que san Pablo escribe en la *Carta a los Romanos*. La expresión que el Apóstol utiliza —«bautizados en su muerte» (Rm 6, 3)— nunca deja de asombrarnos, tal es la concisión con la que resume el vertiginoso misterio. La muerte de Cristo es fuente de vida, porque en ella Dios ha volcado todo su amor, como en una inmensa cascada, que hace pensar en la imagen contenida en el Salmo 41: «Una sima grita a otra sima, con voz de cascadas; tus torrentes y tus olas me han arrollado» (v. 8). El abismo de la muerte es colmado por otro abismo, aún más grande, el abismo del amor de Dios, de modo que la muerte ya no tiene ningún poder sobre Jesucristo (cf. Rm 8, 9), ni sobre aquellos que, por la fe y el Bautismo, son asociados a él: «Si hemos muerto con Cristo —dice san Pablo— creemos que también viviremos con él» (Rm 6, 8). Este «vivir con Jesús» es la realización de la esperanza profetizada por Oseas: «Viviremos en su presencia» (6, 2).

En realidad, sólo en Cristo esa esperanza encuentra su fundamento real. Antes corría el peligro de reducirse a una ilusión, a un símbolo tomado del ritmo de las estaciones: «como la lluvia de otoño, como la lluvia de primavera» (cf. Os 6, 3). En tiempos del profeta Oseas, la fe de los israelitas amenazaba contaminarse con las religiones naturalistas de la tierra de Canaán, pero esta fe no era capaz de salvar a nadie de la muerte. En cambio, la intervención de Dios en el drama de la historia humana no obedece a ningún ciclo natural, obedece solamente a su gracia y a su fidelidad. La vida nueva y eterna es fruto del árbol de la cruz, un árbol que florece y fructifica por la luz y la fuerza que provienen del

sol de Dios. Sin la cruz de Cristo toda la energía de la naturaleza permanece impotente ante la fuerza negativa del pecado. Era necesaria una fuerza benéfica más grande que la que impulsa los ciclos de la naturaleza, un Bien más grande que la creación misma: un Amor que procede del «corazón» mismo de Dios y que, mientras revela el sentido último de la creación, la renueva y la orienta a su meta originaria y última.

Todo esto sucede en aquellos «tres días», cuando el «grano de trigo» cayó en la tierra, permaneció allí el tiempo necesario para colmar la medida de la justicia y de la misericordia de Dios, y finalmente produjo «mucho fruto», no quedando solo, sino como primicia de una multitud de hermanos (cf. Jn 12, 24; Rm 8, 29). Ahora sí, gracias a Cristo, gracias a la obra realizada en él por la Santísima Trinidad, las imágenes tomadas de la naturaleza ya no son sólo símbolos, mitos ilusorios, sino que nos hablan de una realidad. Como fundamento de la esperanza está la voluntad del Padre y del Hijo, que hemos escuchado en el evangelio de esta liturgia: «Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy» (Jn 17, 24). Y entre estos que el Padre ha dado a Jesús están también los venerados hermanos por los cuales ofrecemos esta Eucaristía: ellos «han conocido» a Dios mediante Jesús, han conocido su nombre, y el amor del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, ha vivido en ellos (cf. Jn 12, 25-26), abriendo su vida al cielo, a la eternidad. Demos gracias a Dios por este don inestimable. Y, por intercesión de María santísima, recemos para que este misterio de comunión, que ha colmado toda su existencia, se realice plenamente en cada uno de ellos.



L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalent

00120 Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va

http://www.osservatoreromano.va

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE «L'OSSERVATORE ROMANO»

GIOVANNI MARIA VIAN
director

Carlo Di Cicco
subdirector

Arturo Gutiérrez L.C.
encargado de la edición

don Pietro Migliasso S.D.B.
director general

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410
telefax 39 06 698 81412

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad Publicinque s.r.l.
via Fattori 3/C, 10141 Torino,
torino@publicinque.it

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 5594 11 25, + 52 55 5518 40 09; e-mail: losservatore@prodigy.net.mx, or.mexico@ossrom.va.
En Argentina: Arzobispado de Mercedes-Luján; calle 24, 735, 6600 Mercedes (B), Argentina; teléfono y fax + 2324 428 102/432 412; e-mail: osservatoreargentina@yahoo.com.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado de 2012

Migraciones y nueva evangelización



Queridos hermanos y hermanas:

Anunciar a Jesucristo, único Salvador del mundo, «constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes» (Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14). Más aún, hoy notamos la urgencia de promover, con nueva fuerza y modalidades renovadas, la obra de evangelización en un mundo en el que la desaparición de las fronteras y los nuevos procesos de globalización acercan aún más las personas y los pueblos, tanto por el desarrollo de los medios de comunicación como por la frecuencia y la facilidad con que se llevan a cabo los desplazamientos de individuos y de grupos. En esta nueva situación debemos despertar en cada uno de nosotros el entusiasmo y la valentía que impulsaron a las primeras comunidades cristianas a anunciar con ardor la novedad evangélica, haciendo resonar en nuestro corazón las palabras de san Pablo: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9, 16).

El tema que he elegido este año para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado —*Migraciones y nueva evangelización*— nace de esta realidad. En efecto, el momento actual llama a la Iglesia a emprender una *nueva evangelización* también en el vasto y complejo fenómeno de la movilidad humana, intensificando la acción misionera, tanto en las regiones de primer anuncio como en los países de tradición cristiana.

El beato Juan Pablo II nos invitaba a «alimentarnos de la Palabra para ser “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización, [en una situación] que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante mezcla de pueblos y culturas que la caracteriza» (Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 40). En efecto, las migraciones internas o internacionales realizadas en busca de mejores condiciones de vida o para escapar de la amenaza de persecuciones, guerras, violencia, hambre y catástrofes naturales, han producido una mezcla de personas y de pueblos sin precedentes, con problemáticas nuevas no sólo desde un punto de vista humano, sino también ético, religioso y espiritual. Como escribí en el Mensaje del año pasado para esta Jornada mundial, las consecuencias actuales y evidentes de la secularización, la aparición de nuevos movimientos secta-

rios, una insensibilidad generalizada con respecto a la fe cristiana y una marcada tendencia a la fragmentación hacen difícil encontrar una referencia unificadora que estimule la formación de «una sola familia de hermanos y hermanas en sociedades que son cada vez más multiétnicas e interculturales, donde también las personas de diversas religiones se ven impulsadas al diálogo, para que se pueda encontrar una convivencia serena y provechosa en el respeto de las legítimas diferencias». Nuestro tiempo está marcado por intentos de borrar a Dios y la enseñanza de la Iglesia del horizonte de la vida, mientras crece la duda, el escepticismo y la indiferencia, que querrían eliminar incluso toda visibilidad social y simbólica de la fe cristiana.

En este contexto, los inmigrantes que han conocido a Cristo y lo han acogido son inducidos con frecuencia a no considerarlo importante en su propia vida, a perder el sentido de la fe, a no reconocerse como parte de la Iglesia, llevando una vida que a menudo ya no está impregnada de Cristo y de su Evangelio. Crecidos en el seno de pueblos marcados por la fe cristiana, a menudo emigran a países donde los cristianos son una minoría o donde la antigua tradición de fe ya no es una convicción personal ni una confesión comunitaria, sino que se ha visto reducida a un hecho cultural. Aquí la Iglesia afronta el desafío de ayudar a



más coherente, para ayudar a redescubrir la belleza del encuentro con Cristo, que llama al cristiano a la santidad dondequiera que se encuentre, incluso en tierra extranjera.

El actual fenómeno migratorio es también una oportunidad providencial para el anuncio del Evangelio en el mundo contemporáneo. Hombres y mujeres provenientes de diversas regiones de la tierra, que aún no han encontrado a Jesucristo o lo conocen solamente de modo parcial, piden ser acogidos en países de antigua tradición cristiana. Es necesario encontrar modalidades adecuadas para



los inmigrantes a mantener firme su fe, aun cuando falte el apoyo cultural que existía en el país de origen, buscando también nuevas estrategias pastorales, así como métodos y lenguajes para una acogida siempre viva de la Palabra de Dios. En algunos casos se trata de una ocasión para proclamar que en Jesucristo la humanidad participa del misterio de Dios y de su vida de amor, se abre a un horizonte de esperanza y paz, incluso a través del diálogo respetuoso y del testimonio concreto de la solidaridad, mientras que en otros casos existe la posibilidad de despertar la conciencia cristiana adormecida a través de un anuncio renovado de la Buena Nueva y de una vida cristiana

ellos, a fin de que puedan encontrar y conocer a Jesucristo y experimentar el don inestimable de la salvación, fuente de «vida abundante» para todos (cf. *Jn* 10, 10); a este respecto, los propios inmigrantes tienen un valioso papel, puesto que pueden convertirse a su vez en «anunciadores de la Palabra de Dios y testigos de Jesús resucitado, esperanza del mundo» (Exhortación apostólica *Verbum Domini*, 105).

En el comprometedor itinerario de la nueva evangelización, en el ámbito migratorio, desempeñan un papel decisivo los agentes pastorales —sacerdotes, religiosos y laicos—, que trabajan en un contexto cada vez más pluralista: en comunión con sus

Ordinarios, inspirándose en el Magisterio de la Iglesia, los invito a buscar caminos de colaboración fraterna y de anuncio respetuoso, superando contraposiciones y nacionalismos. Por su parte, las Iglesias de origen, las de tránsito y las de acogida de los flujos migratorios intensifiquen su cooperación, tanto en beneficio de quien parte como de quien llega y, en todo caso, de quien necesita encontrar en su camino el rostro misericordioso de Cristo en la acogida del prójimo. Para realizar una provechosa pastoral de comunión puede ser útil actualizar las estructuras tradicionales de atención a los inmigrantes y a los refugiados, asociándolas a modelos que respondan mejor a las nuevas situaciones en que interactúan culturas y pueblos diversos.

Los refugiados que piden asilo, tras escapar de persecuciones, violencias y situaciones que ponen en peligro su propia vida, necesitan nuestra comprensión y acogida, el respeto de su dignidad humana y de sus derechos, así como el conocimiento de sus deberes. Su sufrimiento reclama de los Estados y de la comunidad internacional que haya actitudes de acogida mutua, superando temores y evitando formas de discriminación, y que se provea a concretar la solidaridad mediante adecuadas estructuras de hospitalidad y programas de reinserción. Todo esto implica una ayuda recíproca entre las regiones que sufren y las que ya desde hace años acogen a un gran número de personas en fuga, así como una mayor participación en las responsabilidades por parte de los Estados.

La prensa y los demás medios de comunicación tienen una importante función al dar a conocer, con exactitud, objetividad y honradez, la situación de quienes han debido dejar forzosamente su patria y sus seres queridos y desean empezar una nueva vida.

Las comunidades cristianas han de prestar una atención particular a los trabajadores inmigrantes y a sus familias, a través del acompañamiento de la oración, de la solidaridad y de la caridad cristiana; la valoración de lo que enriquece recíprocamente, así como la promoción de nuevos programas políticos, económicos y sociales, que favorezcan el respeto de la dignidad de toda persona humana, la tutela de la familia y el acceso a una vivienda digna, al trabajo y a la asistencia.

Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, los laicos y, sobre todo, los hombres y las mujeres jóvenes han de ser sensibles para ofrecer apoyo a tantas hermanas y hermanos que, habiendo huido de la violencia, deben afrontar nuevos estilos de vida y dificultades de integración. El anuncio de la salvación en Jesucristo será fuente de alivio, de esperanza y de «alegría plena» (cf. *Jn* 15, 11).

Asimismo, deseo recordar la situación de numerosos estudiantes inter-

El cardenal Angelo Amato beatifica a sor María Catalina Irigoyen Echegaray

Religiosa para hacer el bien y no para estar bien

Una mujer de la alta sociedad española que deja riquezas y poder para servir a los pobres y a los enfermos no lo hace «para estar bien sino para hacer el bien». Es el retrato espiritual de la nueva beata, María Catalina Irigoyen Echegaray (1848-1918), trazado por el cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las causas de los santos, que el sábado 29 de octubre, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena de Madrid, presidió la ceremonia de beatificación en representación del Papa.

«La nueva beata es testigo heroico del Evangelio de Cristo» —puso de relieve en su homilía el purpurado—; «estaba enraizada y cimentada en Cristo y firme en la fe». Fue una incansable sembradora de nobles sentimientos.

A través de la liturgia de la Palabra, el cardenal Amato delineó los rasgos de caridad heroica de la nueva beata, religiosa perteneciente a la congregación de las Siervas de María Ministras de los Enfermos.

En la misa concelebraron el cardenal arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela; los arzobispos de Toledo, monseñor Braulio Rodríguez Plaza; de Valladolid, monseñor Ricardo Blázquez Pérez; de Pamplona, monseñor Francisco Pérez; y de La Paz (Bolivia), monseñor Edmundo Flavio Abastoflor; numerosos obispos y más de cien sacerdotes.

María Catalina Irigoyen Echegaray nació en Pamplona (Navarra), el 25 de noviembre de 1848. Desde muy temprana edad frecuentó el colegio de las Madres Dominicas.

A los 13 años ingresó en la Asociación de las Hijas de la Purísima Concepción. Era una joven sencilla, servicial, optimista, compasiva, piadosa y coherente. Transcurrido un tiempo, se le confió la responsabilidad de presidir la Congregación de las Hijas de María, en cuya asociación trabajó sin descanso promoviendo entre las jóvenes congregantes el amor a la Virgen y despertando en ellas el compromiso por todos los necesitados que encontraran en su camino.

En 1878 conoció a las Siervas de María Ministras de los Enfermos, cuya misión es el cuidado gratuito a los enfermos allí donde se encuentran, pero especialmente en sus domicilios. María Catalina se sintió llamada por el Señor a seguir este camino. Así, en una de las visitas que la fundadora de la Congregación —madre Soledad Torres Acosta— hizo a la casa recién abierta en Pamplona, le solicitó ser admitida entre las Siervas.

Tomó el hábito el 12 de marzo de 1882 y en ese momento, cambió su nombre de María Catalina por el de María de los Desposorios. Emitió su profesión temporal el 14 de mayo de 1883 y la profesión perpetua, el 15 de julio de 1889. Permanecerá hasta su muerte en la capital de España.

Dedicada por entero al cuidado de los enfermos a domicilio, no escatimaba tiempo ni energías para atender a los que sufren y sostener a las familias. Eran tiempos difíciles en que España se veía periódica-



mente sacudida por epidemias de cólera, viruela y gripe.

Sin embargo sor María Catalina no temía el contagio y visitaba los hogares, las buhardillas, permaneciendo junto a los que sufren. Muchas veces se encontraba con toda una familia afectada y entonces la enfermedad iba acompañada del abandono y el hambre. Ella cuidaba a los enfermos, les brindaba su tiempo y alimentos. No dudaba en pedir ayuda para saciar tanta pobreza en los mercados del barrio, donde conocían su entrega generosa y le ofrecían sus aportaciones para los más necesitados.

Cuanto más arreciaban las dificultades, más necesidad sentía de permanecer junto a la Eucaristía. Para prolongar su tiempo de adoración durante una jornada saturada de trabajo, hacía de su corazón un sagrario, de las calles de Madrid un claustro, y de la habitación del enfermo, un templo.

Acostumbraba a repetir: «Debemos considerarnos todo el día como un sagrario para adorar a Dios allí donde nos encontremos, pues él está dentro de nosotros».

En 1913 se sintió mal. Se le diagnosticó una tuberculosis ósea que aceptó con pleno abandono en las manos de Dios. «Estoy sumamente agradecida al Señor por la enfermedad que me ha mandado —se le oyó comentar—. Con ella puedo dedicar más horas del día a estar en su presencia, delante del Sagrario, ya que otra cosa no puedo hacer. Estoy muy conforme con mis dolores. Todo sea por amor de Dios».

Y añadía también: «Ya que no puedo hacer nada, procuro ofrecer a Dios los cuidados que me ofrecen en la enfermedad, y que a mi juicio son excesivos, pues apenas estoy enferma y me cuidan demasiado».

La vida de sor María Catalina, centrada en Cristo, estuvo colmada de sencillez en una entrega incondicional, en gestos de servicio dondequiera que se hallaba. Era experta enfermera que, con Cristo y como él, entraba con sumo respeto en los hogares para aliviar el dolor. Escuchaba a las personas, custodiaba la vida y, adonde llegaba ella, llegaba asimismo la concordia y la reconciliación entre quienes vivían juntos pero distanciados. Siempre señalaba el camino de retorno a Dios como fuente de la armonía personal y el mutuo entendimiento entre las personas, hasta llegar a decirse que donde ella entraba, Dios entraba.

En sor María Catalina destacaba una profunda humildad y un amor sin medida a cada persona que encontraba, con su especial dedicación a los enfermos. Ella misma fue además una experta y admirable enferma.

Murió en Madrid el 10 de octubre de 1918.

Migraciones y nueva evangelización

VIENE DE LA PÁGINA 3

nacionales que afrontan problemas de inserción, dificultades burocráticas, inconvenientes en la búsqueda de vivienda y de estructuras de acogida. De modo particular, las comunidades cristianas han de ser sensibles respecto a tantos muchachos y muchachas que, precisamente por su joven edad, además del crecimiento cultural, necesitan puntos de referencia y cultivan en su corazón una profunda sed de verdad y el deseo de encontrar a Dios. De modo especial, las Universidades de inspiración cristiana han de ser lugares de testimonio y de irradiación de la nueva evangelización, seriamente comprometidas a contribuir en el ambiente académico al progreso social, cultural y humano, además de promover el diálogo entre las culturas, valorizando la aportación que pueden dar los estudiantes internacionales. Estos se sentirán alentados a convertirse ellos mismos en protagonistas de la nueva evangelización si encuentran auténticos testigos del Evangelio y ejemplos de vida cristiana.

Queridos amigos, invoquemos la intercesión de María, *Virgen del Camino*, para que el anuncio gozoso de la salvación de Jesucristo lleve esperanza al corazón de quienes se encuentran en condiciones de movilidad por los caminos del mundo. Aseguro a todos mi oración e imparto la bendición apostólica.

Vaticano, 21 de septiembre de 2011

Benedictus PP XVI

Benedicto XVI reza ante las tumbas de sus predecesores

El 2 de noviembre, día de la conmemoración de todos los fieles difuntos, por la tarde, en la basílica de San Pedro el Papa Benedicto XVI rezó ante las tumbas de sus predecesores. Después de un breve momento de recogimiento ante el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, hizo una oración en sufragio de los Pontífices, con lecturas y cantos. En la celebración participaron, entre otros, el cardenal Angelo Comastri, arcipreste de la basílica, con el obispo Vittorio Lanzani, delegado de la Fábrica de San Pedro; el arzobispo James Michael Harvey, prefecto de la Casa pontificia, y el obispo Paolo De Nicolò, regente de la Prefectura. Al concluir la celebración, el Papa se arrodilló a rezar ante las tumbas de sus predecesores Juan Pablo I, Pablo VI, Pío XII, Pío XI y Benedicto XV.



Benedicto XVI, en el encuentro con los fieles para el Ángelus dominical propone el ejemplo de Jesús

El Moisés que extiende la alianza a todos los pueblos

El Papa asegura oraciones y su cercanía a las poblaciones afectadas por graves inundaciones en Tailandia e Italia

Jesús en la cátedra como el Moisés más grande que imparte a los hombres una «elocuente lección de humildad y de amor». Es la imagen que propuso Benedicto XVI a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro el domingo 30 de octubre para la tradicional cita del Ángelus.

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia de este domingo, el apóstol san Pablo nos invita a considerar el Evangelio «no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios» (1 Ts 2, 13). De este modo podemos acoger con fe las advertencias que Jesús dirige a nuestra conciencia, para asumir un comportamiento acorde con ellas. En el pasaje de hoy, amonesta a los escribas y fariseos, que en la comunidad desempeñaban el papel de maestros, porque su conducta estaba abiertamente en contraste con la enseñanza que proponían a los demás con rigor. Jesús subraya que ellos «dicen, pero no hacen» (Mt 23, 3); más aún, «lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar» (Mt 23, 4). Es necesario acoger la buena doctrina, pero se corre el riesgo de desmentirla con una conducta incoherente. Por esto Jesús dice: «Haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen» (Mt 23, 3). La actitud de Jesús es exactamente la opuesta: él es el primero en practicar el mandamiento del amor, que enseña a todos, y puede decir que es un peso ligero y suave precisamente porque nos ayuda a llevarlo juntamente con él (cf. Mt 11, 29-30).



Pensando en los maestros que oprimen la libertad de los demás en nombre de su propia autoridad, san Buenaventura indica quién es el auténtico Maestro, afirmando: «Nadie puede enseñar, ni obrar, ni alcanzar las verdades conocibles sin que esté presente el Hijo de Dios» (Sermo 1 de Tempore, Dom. XXII post Pentecosten, Opera omnia, IX, Quaracchi, 1901, p. 442). «Jesús se sienta en la «cátedra» como el Moisés más grande, que extiende la Alianza a todos los pueblos» (Jesús de Nazaret, Madrid 2007, p. 93). ¡Él es nuestro verdadero y único Maestro! Por ello, estamos llamados a seguir al Hijo de Dios, al Verbo encarnado, que manifiesta la verdad de su enseñanza a través de la fidelidad a la voluntad

del Padre, a través del don de sí mismo. Escribe el beato Antonio Rosmini: «El primer maestro forma a todos los demás maestros, del mismo modo que forma a los discípulos, porque [tanto unos como otros] existen sólo en virtud de ese tácito pero poderosísimo magisterio» (Idea della Sapienza, 82, en: Introduzione alla filosofia, vol. II, Roma 1934, p. 143). Jesús condena enérgicamente también la vanagloria y asegura que obrar «para que los vea la gente» (Mt 23, 5) pone a merced de la aprobación humana, amenazando los valores que fundan la autenticidad de la persona.

Queridos amigos, el Señor Jesús se presentó al mundo como siervo, se despojó totalmente de sí mismo y

se rebajó hasta dar en la cruz la más elocuente lección de humildad y de amor. De su ejemplo brota la propuesta de vida: «El primero entre vosotros será vuestro servidor» (Mt 23, 11). Invoquemos la intercesión de María santísima y pidamos, de modo especial, por aquellos que en la comunidad cristiana están llamados al ministerio de la doctrina, para que testimonien siempre con obras las verdades que transmiten con la palabra.

Después del Ángelus el Santo Padre hizo el siguiente llamamiento:

Quiero expresar mi cercanía a las poblaciones de Tailandia afectadas por graves inundaciones, así como, en Italia, a las de Liguria y Toscana, recientemente damnificadas por las consecuencias de fuertes lluvias. Aseguro mi oración por ellas.

Seguidamente saludó a los fieles en varias lenguas. En español dijo:

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, en particular a los fieles de la parroquia de Santa María Magdalena, de La Nou de Gaia. En el Evangelio de este domingo, el Señor nos exhorta a comportarnos siempre con rectitud de espíritu, entregándonos de corazón al servicio de nuestros hermanos como verdaderos hijos de Dios. Pidamos a la Virgen María, nuestra Madre celestial, que interceda por nosotros para que, cada vez más unidos interiormente a Cristo, sepamos dar un testimonio eficaz de su amor. ¡Feliz domingo!

La santidad, vocación universal

VIENE DE LA PÁGINA 1

santos Misterios —en primer lugar, la Eucaristía— y familia de los santos, a cuya protección se nos encomienda en el día del Bautismo. Hoy veneramos precisamente a esta innumerable comunidad de Todos los Santos, los cuales, a través de sus diferentes itinerarios de vida, nos indican diversos caminos de santidad, unidos por un único denominador: seguir a Cristo y configurarse con él, fin último de nuestra historia humana. De hecho, todos los estados de vida pueden llegar a ser, con la acción de la gracia y con el esfuerzo y la perseverancia de cada uno, caminos de santificación.

La conmemoración de los fieles difuntos, a la que se dedica el día 2 de noviembre, nos ayuda a recordar a nuestros seres queridos que nos han dejado, y a todas las almas que están en camino hacia la plenitud de la vida, precisamente en el horizonte de la Iglesia celestial, a la que la solemnidad de hoy nos ha elevado. Ya desde los primeros tiempos de la fe cristiana, la Iglesia terrena, reconociendo la comunión de todo el



Cuerpo místico de Jesucristo, ha cultivado con gran piedad la memoria de los difuntos y ha ofrecido suffragios por ellos. Nuestra oración por los muertos es, por tanto, no sólo útil sino también necesaria, porque no sólo les puede ayudar, sino que al mismo tiempo hace eficaz su intercesión en favor nuestro (cf. Cate-

cismo de la Iglesia católica, n. 958). También la visita a los cementerios, a la vez que conserva los vínculos de afecto con quienes nos han amado en esta vida, nos recuerda que todos tendemos hacia otra vida, más allá de la muerte.

Por eso, el llanto debido a la separación terrena no ha de prevalecer sobre la certeza de la resurrección, sobre la esperanza de llegar a la bienaventuranza de la eternidad, «momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad» (Spe salvi, 12). En efecto, el objeto de nuestra esperanza consiste en gozar en la presencia de Dios en la eternidad. Lo prometió Jesús a sus discípulos, diciendo: «Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (Jn 16, 22).

A la Virgen María, Reina de todos los santos, encomendamos nuestra peregrinación hacia la patria celestial, mientras invocamos para nuestros hermanos y hermanas difuntos su maternal intercesión.

Después del Ángelus, el Papa saludó a los fieles en varias lenguas. En español dijo:

Saludo con afecto a los fieles de lengua española presentes en esta oración mariana. En la solemnidad de Todos los Santos, la liturgia nos invita a contemplar el amor infinito de Dios, que se refleja en la victoria de los que ya gozan de su gloria en el cielo. Es el amor del Padre que nos llama a ser hijos suyos, nos entrega a su propio Hijo para redimirnos con su sangre purificadora. Por eso nos proclama dichosos aun cuando sufrimos tribulación, porque en él tenemos nuestra esperanza. Respondamos con generosidad y coherencia a ese don, que ha sido derramado en nuestros corazones, siendo santos como Dios es santo, para que también en nosotros se manifieste su gloria.

Un renovado compromiso de paz

La tarde del jueves 27 de octubre, en Asís, los representantes de las diversas religiones renovaron su compromiso por la paz.

Nos comprometemos a proclamar nuestra firma convicción de que la violencia y el terrorismo se oponen al auténtico espíritu religioso y, a la vez que condenamos todo recurso a la violencia y a la guerra en nombre de Dios o de la religión, nos comprometemos a hacer todo lo posible para erradicar las causas del terrorismo.

Nos comprometemos a educar a las personas a respetarse y estimarse mutuamente, para que se pueda realizar una convivencia pacífica y solidaria entre los miembros de etnias, culturas y religiones diversas.

Nos comprometemos a promover la cultura del diálogo, para que crezcan la comprensión y la confianza recíproca entre las personas y los pueblos, pues estas son las premisas de la auténtica paz.

Nos comprometemos a defender el derecho de toda persona humana a vivir una existencia digna según su propia identidad cultural y a formarse libremente una familia.

Nos comprometemos a dialogar con sinceridad y paciencia, sin tener en cuenta lo que nos diferencia como un muro infranqueable, sino, al contrario, reconociendo que la confrontación con las diferencias de los demás puede ser ocasión de una mejor comprensión recíproca.

Nos comprometemos a perdonarnos mutuamente los errores y prejuicios del pasado y del presente, y a sostenernos en el esfuerzo común por vencer el egoísmo y el atropello, el odio y la violencia, y para aprender del pasado que la paz sin justicia no es verdadera paz.

Nos comprometemos a estar de parte de quienes sufren en la miseria y el abandono, haciéndonos voz de quien no tiene voz y trabajando concretamente para superar esas situaciones, con la convicción de que nadie puede ser feliz solo.

Nos comprometemos a hacer nuestro el grito de quien no se resigna a la violencia y al mal, y queremos contribuir con todas nuestras fuerzas a dar a la humanidad de nuestro tiempo una esperanza real de justicia y de paz.

Nos comprometemos a apoyar toda iniciativa que promueva la amistad entre los pueblos, convencidos de que el progreso tecnológico, cuando falta un entendimiento solidario entre los pueblos, expone al mundo a riesgos crecientes de destrucción y de muerte.

Nos comprometemos a pedir a los responsables de las naciones que hagan todos los esfuerzos posibles para que, a nivel nacional e internacional, se edifique y consolide, sobre el fundamento de la justicia, un mundo de solidaridad y de paz.

Nosotros, personas de tradiciones religiosas diversas, no nos cansaremos de proclamar que la paz y la justicia son inseparables y que la paz en la justicia es el único camino por el que puede avanzar la humanidad hacia un futuro de esperanza.



Audiencia del Papa a las delegaciones que participaron en el encuentro de Asís

El viaje del espíritu es un viaje de paz

«El viaje del espíritu siempre es un viaje de paz». Este es, según Benedicto XVI, el mensaje más auténtico que dejó la jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo, celebrada el jueves 27 de octubre en Asís. El Papa lo reafirmó el viernes 28 al recibir en audiencia, en la sala Clementina, a las delegaciones que habían participado en el encuentro.

Distinguidos huéspedes, queridos amigos:

Os acojo esta mañana en el palacio apostólico y os agradezco una vez más vuestra disponibilidad a participar en la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo, que celebramos ayer en Asís, veinticinco años después de aquel primer encuentro histórico.

En cierto sentido, esta reunión representa a los miles de millones de

hombres y mujeres que en todo el mundo están comprometidos activamente en la promoción de la justicia y de la paz. También es un signo de la amistad y la fraternidad que ha florecido como fruto de los esfuerzos de tantos pioneros en este tipo de diálogo. Que esta amistad siga creciendo entre todos los seguidores de las religiones del mundo y con los hombres y mujeres de buena voluntad en todo lugar.

Agradezco a mis hermanos y hermanas cristianos su presencia fraternal. Asimismo, expreso mi agradecimiento a los representantes del pueblo judío, que está especialmente cercano a nosotros, y a todos vosotros, distinguidos representantes de las religiones del mundo. Soy consciente de que muchos habéis venido de lejos y habéis realizado un arduo viaje. Manifiesto mi gratitud también a quienes representan a las personas de buena volun-

tad que no siguen ninguna tradición religiosa, pero están comprometidas en la búsqueda de la verdad. Han querido compartir esta peregrinación con nosotros como signo de su deseo de cooperar en la construcción de un mundo mejor.

Mirando hacia atrás, podemos apreciar la clarividencia del Papa Juan Pablo II al convocar el primer encuentro de Asís, y la necesidad continua de hombres y mujeres de distintas religiones de testimoniar juntos que el viaje del espíritu siempre es un viaje de paz.

Los encuentros de este tipo son necesariamente excepcionales y poco frecuentes; sin embargo, son una expresión viva del hecho de que cada día, en todo el mundo, personas de diferentes tradiciones religiosas viven y trabajan juntas en armonía. Ciertamente, es importante para la causa de la paz que tantos hombres y mujeres, impulsados por sus más profundas convicciones, estén comprometidos a trabajar por el bien de la familia humana.

De este modo, estoy seguro de que el encuentro de ayer nos ha hecho comprender cuán genuino es nuestro deseo de contribuir al bien de todos los seres humanos y lo mucho que podemos compartir con los demás.

Al separarse nuestros caminos, saquemos fuerza de esta experiencia y, dondequiera que estemos, sigamos renovados el viaje que conduce a la verdad, la peregrinación que lleva a la paz. ¡Os doy las gracias de todo corazón!





Palabras de saludo del cardenal Bertone en la comida ofrecida a los líderes religiosos

Unidos en el mismo compromiso

«Sentémonos en torno a la misma mesa, con todas nuestras diversidades y con el compromiso común de ponernos, con todas nuestras fuerzas, al servicio de la causa de la paz». Es la invitación que dirigió el cardenal secretario de Estado Tarcisio Bertone al inicio del almuerzo que ofreció el viernes 28 de octubre, en el atrio de la sala Pablo VI, a los participantes en el encuentro de Asís. Entre los presentes figuraban los cardenales Peter Kodwo Ap-

piah Turkson, Jean-Louis Tauran, Kurt Koch, Gianfranco Ravasi y Jean-Pierre Ricard; los arzobispos Giovanni Angelo Becciu, Dominique Mamberti y Pier Luigi Celata; los obispos Mario Toso y Brian Farrell; y los monseñores Peter Bryan Wells, Ettore Balestrero, Fortunatus Nwachukwu, Guillermo Javier Karcher y Paolo Rudelli. Publicamos a continuación la traducción al español del saludo en francés del purpurado.



Queridos invitados; queridos amigos:

Al final de la celebración de esta Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo, me alegra mucho acogeros en este almuerzo fraterno. Hemos dejado la tranquila ciudad de Asís para sumergirnos nuevamente en la gran ciudad de Roma, caracterizada, como todas las metrópolis, por el tráfico, el ritmo

frenético de la vida diaria y el entramado de culturas diversas. Este cambio de ámbito nos permite vislumbrar la complejidad del mundo que, con sus riquezas y sus contradicciones, espera nuestro testimonio de paz. Me uno al agradecimiento del Papa Benedicto XVI por la presencia de cada uno de vosotros, que enriqueció el encuentro de ayer y lo hizo memorable. Sentémonos en torno a la misma mesa, con todas nuestras diversidades

y con el compromiso común de ponernos, con todas nuestras fuerzas, al servicio de la causa de la paz.

Os deseo a todos que viváis con alegría este momento de fraternidad. Que Dios nos bendiga a todos y bendiga también este alimento que por su bondad nos ha dado, para que podamos servirnos de él como instrumentos de su paz. Amén.

Editorial del 28 de octubre

Juntos hacia la verdad

GIOVANNI MARIA VIAN

Nunca más la guerra, nunca más la violencia, nunca más el terrorismo. La palabra de Benedicto XVI resonó de nuevo alta y clara como conclusión del encuentro de Asís, un cuarto de siglo después del convocado por su predecesor en 1986. Retomando el angustiado grito de Pablo VI —*jamaïs plus la guerre, jamais plus la guerre!*— lanzado ante las Naciones Unidas, donde el Papa Montini se había presentado como el mensajero al final de un largo viaje, cuando definió a la Iglesia de Roma experta en humanidad, título sencillo y solemne. Era el 4 de octubre de 1965, veinte años después del final de la segunda guerra mundial, mientras estaba a punto de concluir el concilio Vaticano II y mientras pesaban sobre el mundo, a pesar de la euforia de los *golden sixties*, las divisiones y los bloques de la guerra fría con la pesadilla del conflicto nuclear.

La predicación de paz de los sucesores del apóstol Pedro que marcó todo el siglo XX queda, por lo tanto, confirmada; más aún, se hace más decidida y convincente. Suscitando consensos convencidos y adhesiones crecientes, como lo indican el número y la calidad de las personas presentes en el encuentro recién concluido. Se puede decir sin exageraciones que no faltó nadie entre los centenares de exponentes de las confesiones cristianas y de otras religiones que se dieron cita en la ciudad umbra. Y a ellos se unieron —invitados explícitamente por Benedicto XVI— intelectuales no creyentes, novedad importante y coherente con el pontificado abierto y valiente de un Papa amable que, día tras día, con hechos y con palabras claras está deshaciendo las imágenes infundadas, y a veces ofensivas, dentro de las cuales se lo quiere reducir.

Ninguna retórica inútil y efímera hizo pesado el encuentro de Asís, que se desarrolló bajo el signo de una esencialidad sencilla que también de este modo acercó a todos los presentes a san Francisco, figura que rebasa cualquier pertenencia religiosa e ideológica. Así, fue fuertemente expresivo al concluir la jornada el homenaje silencioso de los participantes en el encuentro, cristianos y no cristianos, a la tumba del santo a quien ya sus contemporáneos consideraron un «segundo Cristo» y que inspiró la intervención del teólogo luterano noruego Olav Fykse Tveit, secretario general del Consejo mundial de Iglesias.

Y la gente lo comprendió, agolpándose con alegría y compostura en torno al Papa que quiso tomar el mismo nombre de Benedicto XV —recordado sobre todo por haber alzado la voz contra la enorme matanza de la primera guerra mundial— y en torno a los delegados cristianos y no cristianos que estuvieron con él para comprometerse a avanzar juntos en un camino que el filósofo mexicano Guillermo Hurtado, en representación de los no creyentes, definió «búsqueda común de la verdad, de la justicia y de la paz».

Del encuentro de Asís permanecerá la esencialidad, compuesta por imágenes colmadas de símbolos y de palabras. También estas alejadas de la retórica —tan fácil cuando se habla de paz— y arraigadas con humildad en la historia. Como las de Julia Kristeva que, celebrando el humanismo, se unió a Benedicto XVI al reconocer el valor de la intuición de Juan Pablo II y de su aliento a resistir cuando aún se erguía y parecía invencible el coloso de pies de arcilla del totalitarismo ateo.

Tres años después del primer encuentro de Asís cayó el muro de Berlín, subrayó el Papa venido de Alemania. Desde entonces la guerra y la discordia han asumido otros rostros, desde el terrorismo hasta el flagelo de la droga, en sociedades cada vez más desorientadas y extraviadas por haber querido alejar a Dios de su horizonte. Un Dios amigo de los hombres y del que los hombres sienten nostalgia. Por esto muchos lo buscan, a menudo escandalizados por los creyentes que —dijo Benedicto XVI— por ello deben purificarse cada día. Para caminar juntos hacia la verdad.

A nuestro periódico el premio ¡Bravo! de prensa

«L'Osservatore Romano» ha sido galardonado con el «Premio ¡Bravo!» de Prensa correspondiente a 2011 que otorga la Comisión de medios de comunicación social de la Conferencia episcopal española.

El jurado de este prestigioso premio se reunió el miércoles 26 de octubre en Madrid, presidido por el obispo de Urgel y co-príncipe de Andorra monseñor Joan Enric Vives. Con este galardón se ha querido reconocer la ejemplar trayectoria de comunicación, al servicio de la Santa Sede y de la Iglesia universal, que viene realizando desde hace 150 años «L'Osservatore Romano», el periódico del Papa, así como su esfuerzo editorial por llegar al mayor número de lectores de todo el mundo, con sus ediciones semanales en distintos idiomas. Entre ellas destaca la que por ya casi dos años se distribuye en España a través del diario «La Razón».

La información religiosa, política y social brindada por «L'Osservatore Romano», así como sus lúcidos comentarios sobre el acontecer diario de la Iglesia y del mundo constituyen una aportación importante para la nueva evangelización.

La finalidad de este galardón que entrega cada año la comisión de me-



dios de comunicación del episcopado español, junto con otros relacionados con los distintos sectores de la comunicación social es —como señalan los estatutos del premio— «reconocer, por parte de la Iglesia, la labor meritoria de todos aquellos profesionales de la comunicación en los diversos medios que se hayan distinguido por el servicio a la dignidad del hombre, los derechos humanos y los valores evangélicos».

Estos premios fueron instituidos por la Conferencia episcopal española hace cuarenta años, a la luz de las enseñanzas del concilio Vaticano II, para manifestar el aprecio positivo de la Iglesia por las comunicaciones sociales.

Entre la larga serie de premiados

a lo largo de estas cuatro décadas se encuentran prestigiosas personalidades del mundo de la comunicación y de la cultura, empezando por el periodista Manuel Lozano Garrido («Lolo»), fallecido en noviembre de 1971 y beatificado el 12 de junio de 2010. Le siguen, entre otros, Pedro Laín Entralgo, Miguel Delibes, el padre jesuita Miguel Batllori, Joaquín Navarro Valls, Julián Marías, Olegario González de Cardedal, José Jiménez Lozano, monseñor Antonio Montero, Paloma Gómez Borrero y Juan Manuel de Prada.

Entre los galardones concedidos este año, además del de nuestro periódico, figuran: el premio especial para la Jornada mundial de la juventud Madrid 2011; de radio para «Radio Exterior de España»; de televisión para la periodista Inmaculada Galván; de cine para la película «De dioses y hombres»; de música para el Orfeón Donostiarrá; de publicidad para el anuncio de Casa Tarradellas; de nuevas tecnologías para el sitio www.rezandovoy.org, de la Compañía de Jesús en la diócesis de Valladolid; y al sacerdote y periodista barcelonés Jordi Piquer Quintana por el trabajo diocesano en medios de comunicación.

Al cardenal Bertone el premio internacional de la fundación Conde de Barcelona

El cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado de Benedicto XVI, ha sido galardonado con el premio Conde de Barcelona, que otorga la fundación homónima presidida por el rey don Juan Carlos. Desde su cargo de primer colaborador del Santo Padre —subraya un comunicado— «ha desarrollado con singular equilibrio una función clave en el gobierno de la Iglesia católica en momentos especialmente complejos para Europa y el mundo», desde la visita del Pontífice a Turquía hasta la que llevó a cabo a España. En particular, se pone de relieve el papel del cardenal en el viaje a Santiago de Compostela y Barcelona, y en el realizado para con ocasión de la Jornada mundial de la juventud en Madrid, viajes que mostraron «el prestigio de la figura del Papa en la sociedad española, el arraigo del catolicismo en España y una coexistencia pacífica de los sentimientos religiosos de la sociedad con las leyes de la democracia». En años anteriores fueron distinguidos con este premio el diario The New York Times, la Cruz Roja, la Media Luna Roja y la Comisión Europea.

Primer Congreso misionero de educación superior en Santiago de Chile

Apóstoles de una nueva evangelización

Más de 200 jóvenes líderes procedentes de todo Chile asistieron al primer Congreso Misionero de Educación Superior, organizado por la Pontificia Universidad Católica de Chile y las Obras Misionales Pontificias.

El encuentro misionero se realizó el viernes 21 de octubre, en Santiago y tuvo como objetivo entusiasmar a los jóvenes de todas las universidades del país para que se transformen en «Apóstoles de una nueva evangelización» y realicen un trabajo pastoral misionero coordinado a lo largo de Chile.

El congreso, presidido por monseñor Octavio Ruiz Arenas, secretario del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, contó con la presencia del arzobispo de Santiago, monseñor Ricardo Ezzati; del nuncio apostólico en Chile, monseñor Ivo Scapolo y del rector de la Pontificia Universidad católica de Chile, Ignacio Sánchez.

«Es muy motivador —dijo este último— ver reunidos aquí a tantos jóvenes que han elegido este camino de evangelización a través de un testimonio de vida en la universidad y en la sociedad misma».



Por su parte, monseñor Ivo Scapolo animó a los presentes señalando que la Jornada mundial de la juventud en Madrid puso de relieve el papel de la juventud. «Vale la pena seguir el camino de Dios, por ello, agradezco al Señor el ser convocado para colaborar en la evangelización del continente de la esperanza».

Este Congreso misionero de educación superior se enmarca en el llamamiento a la nueva evangelización que realizó Benedicto XVI, y que será tratado en el Sínodo de los obispos en octubre de 2012. Como se explicita en los *Lineamenta* del Sínodo: «La nueva evangelización es la acción que sigue al proceso de discer-

nimiento con el cual la Iglesia en América Latina está llamada a leer y evaluar la situación en la cual se encuentra».

Monseñor Octavio Ruiz motivó a los jóvenes a dar testimonio de la fe cristiana: «Tenemos un desafío muy grande, estamos viviendo un momento difícil para la juventud, marcado por el consumismo, superficialidad, individualismo, entre otros. Los jóvenes deben liderar la preocupación del futuro y muchas veces sufrir discriminación por ser realmente cristianos». Y aclaró que «quien encuentra a Cristo debe convertirse en discípulo de Jesucristo, tratar de conocerlo en profundidad y caminar junto a él. Pero ese gozo de la fe hay que comunicarlo, entonces todo discípulo tiene una misión, que es ser misionero de la evangelización y dar testimonio de su encuentro con él».

Los testimonios de jóvenes católicos que han emprendido diversas iniciativas misioneras para llevar a Cristo a las personas que más lo necesitan enriquecieron este primer congreso universitario. «Calculta UC me ha cambiado la vida porque la misión de la Iglesia es estar con los que más sufren» —dijo Francisco

Mutis, miembro del proyecto misionero Calculta UC Cárcel—. Esto me ha ayudado a hacerme cargo de los dolores de la sociedad».

Además, en el marco del congreso y al día siguiente, en que se celebró el inicio del pontificado del beato Juan Pablo II, se celebró la Eucaristía y luego tuvo lugar un concierto para conmemorar al Papa polaco. Más de quinientos participantes en el patio de la Casa central de la Pontificia Universidad Católica de Chile que lleva su nombre. Precisamente en este lugar, Juan Pablo II llamó —en abril de 1987— a los miembros de la comunidad universitaria y a los hombres de ciencia y de fe, a iluminar el devenir cultural de Chile, a no tener miedo de ser servidores desde el mundo y a no aislarse de la vida real.

En las palabras de conclusión del encuentro y con vistas a la nueva evangelización, el arzobispo Ezzati —también gran canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile— llamó a los jóvenes a desafiar esta sociedad. «Los cambios que estamos viviendo en nuestra cultura, nos piden una profunda audacia de evangelización. Debemos ser personas que tengan la valentía de evangelizar para presentar a Jesucristo como propuesta de vida para este tiempo».

El Papa al nuevo embajador de Brasil ante la Santa Sede

La enseñanza de la religión no hiere la laicidad del Estado

Benedicto XVI recibió en audiencia, el lunes 31 de octubre por la mañana, al señor Almir Franco de Sá Barbuda, nuevo embajador de Brasil ante la Santa Sede, que acudió para presentarle sus cartas credenciales. El diplomático nació en Manaus el 18 de junio de 1943. Es viudo y tiene dos hijas. Tras obtener el doctorado en derecho en la Pontificia Universidad católica de Río de Janeiro, emprendió la carrera diplomática, durante la cual, además de desempeñar varias funciones en el Ministerio de Asuntos exteriores, ha ocupado sucesivamente los siguientes cargos: secretario de embajada en Bonn, en Buenos Aires y en Washington; representante permanente ante la FAO en Roma, con el rango de consejero; cónsul adjunto en Miami; representante permanente ante la ONU en Ginebra; cónsul general adjunto en Nueva York; embajador en Bélgica y en Luxemburgo; y cónsul general en Washington. Publicamos a continuación el discurso del Santo Padre.



Señor embajador:

Al recibir las cartas que lo acreditan como embajador extraordinario y plenipotenciario de la República federativa de Brasil ante la Santa Sede, le expreso mis respetuosos votos de bienvenida y le agradezco las significativas palabras que me ha dirigido, manifestando en ellas los sentimientos que alberga en su alma al iniciar esta nueva misión. He visto con gran satisfacción los saludos que me ha transmitido de parte de su excelencia la señora presidenta de la República, Dilma Rousseff, y le pido, señor embajador, que tenga la amabilidad de hacerle llegar mi gratitud por ellos y que le asegure mis mejores deseos de éxito en el desempeño de su alta misión, así como mis oraciones por la prosperidad y el bienestar de todos los brasileños,

cuyo cariño, experimentado en mi visita pastoral de 2007 permanece indeleble en mis recuerdos. Constató con vivo aprecio y profunda gratitud la disponibilidad manifestada por las diversas esferas gubernativas de la nación, así como de su representación diplomática ante la Santa Sede, para apoyar la XXVIII Jornada mundial de la juventud, que se celebrará, Dios mediante, en 2013 en Río de Janeiro.

Como usted, señor embajador, ha recordado, Brasil, poco después de obtener su independencia como nación, estableció relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Eso no fue más que el culmen de la fecunda historia común de Brasil con la Iglesia católica, que comenzó con aquella primera misa celebrada el 26 de abril de 1500 y que ha dejado testi-

monios en numerosas ciudades bautizadas con el nombre de santos de la tradición cristiana y en innumerables monumentos religiosos, algunos de ellos elevados a símbolo de identificación mundial del país, como la estatua del Cristo Redentor con sus brazos abiertos, en un gesto de bendición a toda la nación. Sin embargo, más allá de los edificios materiales, la Iglesia ha contribuido a forjar el espíritu brasileño caracterizado por la generosidad, la laboriosidad, el aprecio por los valores familiares y la defensa de la vida humana en todas sus fases.

Un capítulo importante en esta fecunda historia común se escribió con el Acuerdo firmado entre la Santa Sede y el Gobierno brasileño en 2008. Ese Acuerdo, lejos de ser una fuente de privilegios para la Iglesia

o suponer una afrenta a la laicidad del Estado, quiere sólo dar un carácter oficial y jurídicamente reconocido a la independencia y a la colaboración entre estas dos realidades. Inspirándose en las palabras de su divino Fundador, que ordenó dar «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21), la Iglesia expresó así su posición en el concilio Vaticano II: «La comunidad política y la Iglesia son entre sí independientes y autónomas en su propio campo. Sin embargo, ambas, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social de los mismos hombres» (*Gaudium et spes*, 76). La Iglesia espera que el Estado, a su vez, reconozca que una sana laicidad no debe

SIGUE EN LA PÁGINA 11

Mensaje de Benedicto XVI con motivo del 50º aniversario de Adveniat

Las raíces espirituales de la ayuda social

Con ocasión del 50º aniversario de la fundación de la Acción episcopal Adveniat (1961-2011), el Papa envió al obispo de Essen (Alemania) el mensaje en alemán cuya traducción publicamos.



A mi venerado hermano monseñor
FRANZ-JOSEF OVERBECK
Obispo de Essen

Con alegría he sabido que la Acción episcopal Adveniat celebra en estos días su 50º aniversario y dirijo saludos afectuosos y bendiciones a todos los que han llegado a Essen para esta ocasión.

Durante el tiempo de Adviento de 1961, los obispos alemanes destinaron, por primera vez, la colecta de Navidad, realizada en todo el territorio federal, a los proyectos pastorales de la Iglesia en América Latina. De esta fiel relación entre la Iglesia alemana y los hermanos y



Refugiados de inundaciones en una de las carreteras de Trinidad, Bolivia, 19 de marzo de 2007

hermanas de América del sur y de América central nació la Acción episcopal Adveniat. A través de sus donaciones generosas y de su compromiso incondicional, los católicos alemanes han llevado a cabo innumerables proyectos de ayuda en los países de América Latina. Esta expresión generosa de caridad cristiana

merece un sincero reconocimiento.

El nombre Adveniat es el programa. De hecho, la Acción episcopal tomó el nombre de la súplica del Padrenuestro *Adveniat regnum tuum*, «Venga tu reino». El reino de Dios es introducido entre nosotros por la encarnación de Jesús y de igual manera los cristianos están llamados a colaborar en la edificación de este reino. En este sentido, Adveniat permite al rostro de Cristo, humano y divino, resplandecer cada vez más en América Latina y coopera decididamente en el desarrollo de una sociedad vital y digna de vivir en la justicia y en la paz. A través de innumerables proyectos socio-caritativos y de programas de formación, las personas pobres y sin recursos han recibido un gran apoyo. La colaboración con vistas al reino de Dios tiene una dimensión esencialmente espiritual. En el Padrenuestro, Cristo nos enseña a rezar por la venida del Reino. No lo podemos hacer sencillamente porque es sobre todo un don. El reino de Dios y la obra de Cristo van unidos. Se realizan allí donde, a través del anuncio de la Buena Nueva y la celebración de los sacramentos, se veri-

fica el encuentro con él, el Redentor y Salvador de los hombres. Él mismo es la fuente de paz y el dador de la salvación. Él no permite que nuestro esfuerzo social sea sólo material, exterior y vacío, sino que lo colma de espíritu y vida desde el interior. La Acción episcopal Adveniat quiere dirigirse siempre al hombre en su integridad, en sus necesidades naturales y sobrenaturales. Entonces el reino de Dios surge verdaderamente en medio de nosotros.

Ya el beato Papa Juan XXIII, en su carta del 11 de enero de 1961 a los obispos de Alemania, agradecía la sabia decisión de «ayudar a América Latina». Hoy quiero renovar este agradecimiento y deciros de todo corazón a vosotros y a todos los católicos de Alemania un *Vergelt's Gott* por estos cincuenta años de ayuda fructífera. Con alegría acompaño la obra ulterior de Adveniat en favor de las personas de América Latina con mis oraciones, en especial a Nuestra Señora de Guadalupe, así como a los santos patronos de América Latina. Os imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 4 de octubre de 2011

Benedictus PP XVI

Colegio episcopal

Monseñor José Armando Álvarez Cano, obispo prelado de Huautla (México)

RENUNCIA:

El Papa ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la archidiócesis de Katowice (Polonia) que monseñor DAMIAN ZIMOŃ le había presentado en conformidad con el canon 401 § 1 del Código de derecho canónico.

Damian Zimoń nació en Niedobczyce, archidiócesis de Katowice, el 25 de octubre de 1934. Recibió la ordenación sacerdotal el 21 de diciembre de 1957. Juan Pablo II lo nombró obispo de la entonces diócesis de Katowice el 3 de junio de 1985; recibió la ordenación episcopal el 29 de junio sucesivo. El mismo Papa elevó la sede de Katowice a la categoría de archidiócesis y lo nombró su primer arzobispo el 25 de marzo de 1992.

EL PAPA HA NOMBRADO:

—Arzobispo metropolitano de Katowice (Polonia) a monseñor WIKTOR PAWEŁ SKWORC, hasta ahora obispo de Tarnów.

Wiktor Paweł Skworc nació en Ruda Śląska-Bielosowice, archidiócesis de Katowice, el 19 de mayo de 1948. Recibió la ordenación sacerdotal el 19 de abril de 1973. El Papa Juan Pablo II lo nombró obispo de la diócesis de Tarnów el 13 de diciembre de 1997; recibió la ordenación episcopal en la basílica de San Pedro, de manos del Santo Padre, el 6 de enero de 1998.

—Obispo de Dinajpur (Bangladesh) al presbítero SEBASTIAN TUDU.

Sebastian Tudu nació en Changuara, diócesis de Dinajpur, el 17 de junio de 1967. Recibió la ordenación sacerdotal el 30 de diciembre de 1999. Se doctoró en misionología en la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma. Inició su su ministerio como vicario parroquial; tras su permanencia en Roma para los estudios de doctorado, de regreso a su país fue nuevamente vicario parroquial y, desde 1999, era vicerrector del seminario mayor de Dhaka.

—Obispo prelado de Huautla (México) al presbítero JOSÉ ARMANDO ÁLVAREZ CANO.

José Armando Álvarez Cano nació en Jiquilpan, diócesis de Zamora (México), el 30 de enero de 1960. Recibió la ordenación sacerdotal el 8 de febrero de 1986. Obtuvo la licenciatura en teología en la Universidad pontificia de México. Ha sido vicario parroquial en diversas parroquias de su diócesis, luego marchó como sacerdote «fidei donum» a Perú; y, de regreso a su diócesis de origen, en el último período era párroco y

presidente de la comisión diocesana para la formación permanente del clero.

—Obispo coadjutor de la diócesis de Poreč i Pula (Croacia) a monseñor DRAŽEN KUTLEŠA, hasta ahora oficial de la Congregación para los obispos.

Dražen Kutleša nació en Tomislavgrad (Bosnia y Herzegovina) el 25 de septiembre de 1968. Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1993, incardinado en la diócesis de Mostar-Duvno. Se doctoró en derecho canónico en la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma. Ha desempeñado, entre otros, los siguientes cargos: vicario parroquial en la catedral de Mostar, profesor en el Instituto teológico de Mostar, vicescanciller de la curia diocesana, miembro del colegio de consultores y del consejo presbiteral; desde 2006 era oficial de la Congregación para los obispos y, además, desde 2011, colaborador de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos.

—Obispo titular de Assava y auxiliar de la diócesis de Bielsko-Żywiec (Polonia) al canónigo PIOTR GREGER.

Piotr Greger nació en Tychy, entonces archidiócesis de Katowice, actualmente diócesis de Bielsko-Żywiec, el 28 de marzo de 1964. Recibió la ordenación sacerdotal el 13 de mayo de 1989. En 1992 se incardinó en la nueva diócesis de Bielsko-Żywiec. Obtuvo el doctorado en teología en la Pontificia Academia teológica de Cracovia. Ha sido vicario parroquial, subdirector del Instituto teológico San Juan de Kety en Bielsko-Żywiec, presidente de la comisión diocesana de liturgia, miembro de la asociación de teólogos polacos y canónigo del cabildo de la catedral.

Santa Sede

El Santo Padre ha nombrado miembros del Consejo de cardenales para el estudio de los asuntos organizativos y económicos de la Santa Sede a los cardenales ANGELO SCOLA, arzobispo de Milán (Italia), y JEAN-PIERRE RICARD, arzobispo de Burdeos (Francia).

Lutos en el episcopado

—Monseñor RICARDO WATTY URQUIDI, M.S.P.S., obispo de Tepic (México), falleció el 1 de noviembre como consecuencia de un tumor en el páncreas. Había nacido en San Diego (Estados Unidos) el 16 de julio de 1938. Era sacerdote desde el 8 de junio de 1968. Juan Pablo II lo nombró obispo titular de Macomades y auxiliar de la arquidiócesis de México el 27 de mayo de 1980; recibió la ordenación episcopal el 19 de julio de dicho año. El mismo Papa lo nombró obispo residencial de Nuevo Laredo el 6 de noviembre de 1989. Benedicto XVI lo trasladó a la diócesis de Tepic el 21 de febrero de 2008.

—Monseñor HÉCTOR RUEDA HERNÁNDEZ, arzobispo emérito de Medellín (Colombia), falleció el 1 de noviembre. Había nacido en Mogotes, diócesis de Socorro y San Gil, el 9 de noviembre de 1920. Era sacerdote desde el 15 de diciembre de 1946. Juan XXIII lo nombró obispo de Bucaramanga el 6 de mayo de 1960; recibió la ordenación episcopal el 19 de junio sucesivo. El 14 de diciembre de 1974 dicha sede fue elevada al rango de arquidiócesis y pasó a ser su primer arzobispo. Juan Pablo II lo trasladó a Medellín el 7 de noviembre de 1991. Renunció al gobierno pastoral de la arquidiócesis el 13 de febrero de 1997.

Audiencias pontificias

EL SANTO PADRE
HA RECIBIDO EN AUDIENCIA:

Viernes 28 de octubre

—Al cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, arzobispo de Santo Domingo (República Dominicana).

—Al cardenal William Joseph Leva, prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe.

Sábado, día 29

—Al cardenal Raffaele Farina, S.D.B., archivero y bibliotecario de la santa Iglesia romana.

—Al cardenal Marc Ouellet, P.S.S., prefecto de la Congregación para los obispos.

A los obispos de Angola en visita «ad limina Apostolorum»:

—Monseñor Eugenio Dal Corso, P.S.D.P., obispo de Benguela, con el obispo emérito, monseñor Oscar Lino Lopes Fernandes Braga.

—Monseñor José Nambi, obispo de Kwito-Bié.

—Monseñor Jesús Tirso Blanco, S.D.B., obispo de Lwena.

—Monseñor Filomeno do Nascimento Vieira Dias, obispo de Cabinda.

—Monseñor António Francisco Jaca, S.V.D., obispo de Caxito.

—Presbítero Colm Reidy, administrador diocesano de Dundo.

—Monseñor Luis María Pérez de Onraita Aguirre, arzobispo de Malanje.

—Monseñor Vicente Kiaziku, O.F.M.CAP., obispo de Mbanza Congo.

Lunes, día 31

—Al nuevo embajador de Brasil ante la Santa Sede, Almir F. de Sá Barbuda, con ocasión de la presentación de las cartas credenciales.

—A monseñor Ubaldo Ramón Santana Sequera, F.M.I., arzobispo de Maracaibo, presidente de la Conferencia episcopal venezolana, con monseñor Baltazar Enrique Porras Cardozo, arzobispo de Mérida, vicepresidente primero; monseñor Jesús González de Zárate Salas, obispo titular de Suava, auxiliar de Caracas, secretario general; y al cardenal Jorge Liberato Urosa Savino, arzobispo de Caracas, presidente «ad honorem».

A los obispos de Angola en visita «ad limina Apostolorum»:

—Monseñor Almeida Kanda, obispo de Ndalatando.

—Monseñor José Manuel Imbamba, arzobispo de Saurimo.

—Monseñor Benedito Roberto, C.S.SP., obispo de Sumbe.

—Monseñor Emilio Sumbelelo, obispo de Uíje, con el obispo emérito, monseñor José Francisco Moreira dos Santos, O.F.M.CAP.

—Monseñor Joaquim Ferreira Lopes, O.F.M.CAP., obispo de Viana.

—Monseñor Mário Lukunde, obispo de Menongue.

—Monseñor Dionisio Hisiilena, obispo de Namibe.

—Monseñor Fernando Guimarães Kevanu, obispo de Ondjiva.

—Monseñor Manuel António Mendes dos Santos, C.M.F., obispo de Santo Tomé y Príncipe.

Representaciones pontificias

El Santo Padre ha nombrado nuncio apostólico en Antigua y Barbuda, Bahamas, Dominica, Jamaica, Granada, Saint Kitts y Nevis, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Surinam, República Cooperativa de Guyana; y delegado apostólico en Antillas a monseñor NICOLA GIRASOLI, arzobispo titular de Egnazia Appula, hasta ahora nuncio apostólico en Zambia y en Malawi.

Nicola Girasoli nació en Ruvo di Puglia, diócesis de Molfetta-Ruvo-Giovinazzo-Terlizzi (Italia), el 21 de julio de 1957. Recibió la ordenación sacerdotal el 15 de junio de 1980. Se doctoró en derecho canónico. Entró en el servicio diplomático de la Santa Sede el 1 de mayo de 1985. Benedicto XVI lo nombró arzobispo titular de Egnazia Appula y nuncio apostólico en Zambia y Malawi el 24 de enero de 2006; recibió la ordenación episcopal el 11 de marzo del mismo año.

En un mundo que no quiere saber nada del más allá

Demasiado instalados en la finitud

JOSÉ MARÍA GIL TAMAYO

Son precisamente la solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de los Fieles Difuntos, que acabamos de celebrar, y las semanas siguientes que finalizan el año cristiano, aquellas en las que la Iglesia nos recuerda las realidades últimas de la existencia: los Novísimos, a la par que nos invita a fomentar la virtud de la esperanza. Pero al igual que ya denunciaban los obispos españoles en un documento titulado «Esperamos la resurrección y la vida eterna», en la actualidad, según reflejan los datos de las encuestas sociológicas, en muchos países occidentales la gente no manifiesta mucho anhelo sobrenatural, es decir deseo del más allá de la muerte, antes al contrario se ha instalado en la finitud y no quiere saber nada de tejas para arriba, sino profesar el bienestar, estado del que se desea hacer partícipe hasta a los muertos.

Nos hemos habituado a que cada año por estas fechas en la opinión pública no se nos hable del más allá sino del aumento del coste de los servicios funerarios, así como de las modas sobre el particular. Tampoco falta el extraño y pagano «Halloween», pero muerte, cielo, infierno, purgatorio y juicio... ni nombrarlos, incluso apenas se citan con la claridad y extensión necesarias en la predicación del entierro o funeral, donde suele abundar más, eso sí, el elogio fúnebre y el consuelo de la feligresía, y escasea, en cambio, esta parte del Credo.

Así está el ambiente postmoderno en el que, visto el fracaso de las utopías mundanas, se ha contagiado a la gente con una creciente desesperanza ambiental, cuando no, para compensar, con esotéricos sucedáneos de trascendencia.

«Llama la atención —decían los obispos españoles en el mencionado documento— que no pocos de los que se declaran católicos, al tiempo que confiesan creer en Dios, afirman que no esperan que la vida tenga

continuidad alguna más allá de la muerte. ¿Qué Dios es ese en quien dicen creer quienes piensan que no ha vencido la muerte y que es ella la que tiene la última palabra sobre la vida del ser humano? No es, ciertamente, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Dios vivo y verdadero» (n. 2).

Pero ahí están los datos de reiterados estudios sociológicos, según los cuales y por lo que se refiere a España, lo que vale también más o menos para otros países del entorno, sólo cuatro de cada diez ciudadanos creen en la vida después de la muerte. En el cielo creen en torno a un cuarenta por ciento, lo duda un treinta y rechaza su existencia otro tanto. En cuanto al infierno se invierten las cifras ya que la mayoría no cree en él, mientras que presenta dudas el mismo porcentaje que respecto al cielo. Lo del Purgatorio apenas una minoría de la población cree en su existencia.

Ciertamente estos datos muestran una escandalosa contradicción con la fe en el Dios cristiano y no deja de tener consecuencias para la propia existencia terrena, efectos que van desde la pérdida del sentido de la vida hasta el decaimiento de la solidaridad, pasando por la carencia de ilusión y el aumento del miedo a afrontar el futuro con decisiones duraderas. Toda una serie de carencias de valores necesarios incluso para superar las crisis sociales y económicas, a la par



Juicio universal. Obra de Nicola y Giovanni (siglo XI)

que da muestra de una dramática fragmentación vital: hechos polvo, nunca mejor dicho, aunque sin dejar de estar muy entretenidos y divertidos como muestra la banalización del final de la vida del ser humano que es el reiterado «Halloween», implantado machaconamente por los medios de comunicación desde la escuela hasta los institutos o liceos, pasando por los lugares de diversión y programas televisivos.

Con este panorama, nada tiene de extraño que la Iglesia se haya propuesto darle la vuelta, haciendo de la recuperación de la esperanza una tarea urgente y prioritaria en la nueva evangelización. Así lo promueven muchos de sus documentos, por ejemplo la exhortación apostólica «Ecclesia in Europa» del beato Juan Pablo II y la magnífica encíclica «Spe salvi» del Papa Benedicto XVI.

Precisamente el miércoles 2 de noviembre decía el Santo Padre Benedicto XVI en su catequesis que «si reducimos al hombre exclusivamente a su dimensión horizontal, a lo que se puede percibir empíricamente, la vida misma pierde su sentido profundo. El hombre necesita eternidad, y para él cualquier otra esperanza es demasiado breve, es demasiado limitada. El hombre se explica sólo si existe un Amor que supera todo aislamiento, incluso el de la muerte, en una totalidad que trascienda también el espacio y el tiempo. El hombre se explica, encuentra su sentido más profundo, solamente si existe Dios. Y nosotros sabemos que Dios salió de su lejanía y se hizo cercano, entró en nuestra vida y nos dice: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre” (Jn 11, 25-26)».

En consecuencia, a los cristianos nos toca hoy más que nunca «dar razón de nuestra esperanza» (1 P 3, 15) y recuperar la alegre y valiente profesión del artículo final del Credo: «...y en la vida eterna. Amén».

La enseñanza de la religión no hiere la laicidad del Estado

VIENE DE LA PÁGINA 9

considerar la religión como un simple sentimiento individual que se puede relegar al ámbito privado, sino como una realidad que, al estar también organizada en estructuras visibles, necesita que se reconozca su presencia comunitaria pública.

Por eso, corresponde al Estado garantizar la posibilidad del libre ejercicio de culto de cada confesión religiosa, así como sus actividades culturales, educativas y caritativas, siempre que ello no esté en contraste con el orden moral y público. Ahora bien, la contribución de la Iglesia no se limita a iniciativas asistenciales, humanitarias y educativas concretas, sino que incluye, sobre todo, el crecimiento ético de la sociedad, impulsado por las múltiples manifestaciones de apertura a lo trascendente y por medio de la formación de con-

ciencias sensibles al cumplimiento de los deberes de solidaridad. Por lo tanto, el Acuerdo firmado entre Brasil y la Santa Sede es la garantía que permite a la comunidad eclesial desarrollar todas sus potencialidades en beneficio de cada persona humana y de toda la sociedad brasileña.

Entre estos campos de colaboración recíproca, me complace subrayar aquí, señor embajador, el de la educación, al que la Iglesia ha contribuido con innumerables instituciones educativas, cuyo prestigio es reconocido por toda la sociedad. De hecho, el papel de la educación no se puede reducir a una mera transmisión de conocimientos y habilidades que miran a la formación de un profesional, sino que debe abarcar todos los aspectos de la persona, desde su faceta social hasta su anhelo de trascendencia. Por este motivo, es conveniente reafirmar que la ense-

ñanza religiosa confesional en las escuelas públicas, tal como quedó confirmada en el citado Acuerdo de 2008, lejos de significar que el Estado asume o impone un credo religioso determinado, indica el reconocimiento de la religión como un valor necesario para la formación integral de la persona. Y esa enseñanza no se puede reducir a una genérica sociología de las religiones, pues no existe una religión genérica, aconfesional. Así, la enseñanza religiosa confesional en las escuelas públicas, además de no herir la laicidad del Estado, garantiza el derecho de los padres a escoger la educación de sus hijos, contribuyendo de ese modo a la promoción del bien común.

Por último, en el campo de la justicia social, el Gobierno brasileño sabe que puede contar con la Iglesia como una colaboradora privilegiada en todas sus iniciativas orientadas a

erradicar el hambre y la miseria. La Iglesia «no puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia» (*Deus caritas est*, 28), por lo cual siempre se mostrará feliz de contribuir a la asistencia a los más necesitados, ayudándoles a librarse de su situación de indigencia, pobreza y exclusión.

Señor embajador, al concluir este encuentro, le renuevo mis votos de éxito en su misión. En el desempeño de la misma, estarán siempre a su disposición los diversos dicasterios que forman la Curia romana. De Dios omnipotente, por intercesión de Nuestra Señora Aparecida, invoco las mayores bendiciones para usted, para sus seres queridos y para la República federativa de Brasil, que usted, excelencia, a partir de ahora tiene el honor de representar ante la Santa Sede.

En la catequesis de la audiencia general el Papa habla de la conmemoración de los fieles difuntos

El hombre necesita eternidad

Ante la muerte «el hombre necesita eternidad, y para él cualquier otra esperanza es demasiado breve, es demasiado limitada». Lo dijo el Papa en la audiencia general del miércoles 2 de noviembre, conmemoración de todos los difuntos, al proponer a los fieles presentes en el aula Pablo VI algunos pensamientos sobre la realidad de la muerte y la esperanza de la felicidad eterna con Dios.

Queridos hermanos y hermanas:

Después de celebrar la solemnidad de Todos los Santos, la Iglesia nos invita hoy a conmemorar a todos los fieles difuntos, a dirigir nuestra mirada a los numerosos rostros que nos han precedido y que han finalizado el camino terreno. En la audiencia de hoy, por eso, quiero proponeros algunos sencillos pensamientos sobre la realidad de la muerte, que para nosotros, los cristianos, está iluminada por la Resurrección de Cristo, y para renovar nuestra fe en la vida eterna.

Como ya dije ayer en el Ángelus, en estos días se visita el cementerio para rezar por los seres queridos que nos han dejado; es como ir a visitarlos para expresarles, una vez más, nuestro afecto, para sentirlos todavía cercanos, recordando también, de este modo, un artículo del Credo: en la comunión de los santos hay un estrecho vínculo entre nosotros, que aún caminamos en esta tierra, y los numerosos hermanos y hermanas que ya han alcanzado la eternidad.

El hombre desde siempre se ha preocupado de sus muertos y ha tratado de darles una especie de segunda vida a través de la atención, el cuidado y el afecto. En cierto sentido, se quiere conservar su experiencia de vida; y, de modo paradójico, precisamente desde las tumbas, ante las cuales se agolpan los recuerdos, descubrimos cómo vivieron, qué amaron, qué temieron, qué esperaron y qué detestaron. Las tumbas son casi un espejo de su mundo.

¿Por qué es así? Porque, aunque la muerte sea con frecuencia un tema casi prohibido en nuestra sociedad, y continuamente se intenta quitar de nuestra mente el solo pensamiento de la muerte, esta nos concierne a cada uno de nosotros, concierne al hombre de toda época y de todo lugar. Ante este misterio todos, incluso inconscientemente, buscamos algo que nos invite a esperar, un signo que nos proporcione consolación, que abra algún horizonte, que ofrezca también un futuro. El camino de la muerte, en realidad, es una senda de esperanza; y recorrer nuestros cementerios, así como leer las inscripciones sobre las tumbas, es realizar un camino marcado por la esperanza de eternidad.

Pero nos preguntamos: ¿Por qué experimentamos temor ante la muerte? ¿Por qué una gran parte de la humanidad nunca se ha resignado a creer que más allá de la muerte no existe simplemente la nada? Diría que las respuestas son múltiples: tenemos miedo ante la muerte porque tenemos miedo a la nada, a este partir hacia algo que no conocemos, que ignoramos. Y entonces hay en nosotros un sentido de rechazo pues no podemos aceptar que todo lo bello y grande realizado durante toda una vida se borre improvisamente, que caiga en el abismo de la nada. Sobre todo sentimos que el amor requiere y pide eternidad, y no se puede aceptar que la muerte lo destruya en un momento.

También sentimos temor ante la muerte porque,



cuando nos encontramos hacia el final de la existencia, existe la percepción de que hay un juicio sobre nuestras acciones, sobre cómo hemos gestionado nuestra vida, especialmente sobre aquellos puntos de sombra que, con habilidad, frecuentemente sabemos remover o tratamos de remover de nuestra conciencia. Diría que precisamente la cuestión del juicio, a menudo, está implicada en el interés del hombre de todos los tiempos por los difuntos, en la atención hacia las personas que han sido importantes para él y que ya no están a su lado en el camino de la vida terrena. En cierto sentido, los gestos de afecto, de amor, que rodean al difunto, son un modo de protegerlo basados en la convicción de que esos gestos no quedan sin efecto sobre el juicio. Esto lo podemos percibir en la mayor parte de las culturas que caracterizan la historia del hombre.

Hoy el mundo se ha vuelto, al menos aparentemente, mucho más racional; o mejor, se ha difun-

dido la tendencia a pensar que toda realidad se deba afrontar con los criterios de la ciencia experimental, y que incluso a la gran cuestión de la muerte se deba responder no tanto con la fe, cuanto partiendo de conocimientos experimentales, empíricos. Sin embargo, no se llega a dar cuenta suficientemente de que precisamente de este modo se acaba por caer en formas de espiritismo, intentando tener algún contacto con el mundo más allá de la muerte, casi imaginando que exista una realidad que, al final, sería una copia de la presente.

Queridos amigos, la solemnidad de Todos los Santos y la Conmemoración de todos los fieles difuntos nos dicen que solamente quien puede reconocer una gran esperanza en la muerte, puede también vivir una vida a partir de la esperanza. Si reducimos al hombre exclusivamente a su dimensión horizontal, a lo que se puede percibir empíricamente, la vida misma pierde su sentido profundo. El hombre necesita eternidad, y para él cualquier otra esperanza es demasiado breve, es demasiado limitada. El hombre se explica sólo si existe un Amor que supera todo aislamiento, incluso el de la muerte, en una totalidad que trasciende también el espacio y el tiempo. El hombre se explica, encuentra su sentido más profundo, solamente si existe Dios. Y nosotros sabemos que Dios salió de su lejanía y se hizo cercano, entró en nuestra vida y nos dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre» (Jn 11, 25-26).

Pensemos un momento en la escena del Calvario y volvamos a escuchar las palabras que Jesús, desde lo alto de la cruz, dirige al malhechor crucificado a su derecha: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43). Pensemos en los dos discípulos que van hacia Emaús, cuando, después de recorrer un tramo de camino con Jesús resucitado, lo reconocen y parten sin demora hacia Jerusalén para anunciar la Resurrección del Señor (cf. Lc 24, 13-35). Con renovada claridad vuelven a la mente las palabras del Maestro: «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar» (Jn 14, 1-2). Dios se manifestó verdaderamente, se hizo accesible, amó tanto al mundo «que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16), y en el supremo acto de amor de la cruz, sumergiéndose en el abismo de la muerte, la venció, resucitó y nos abrió también a nosotros las puertas de la eternidad. Cristo nos sostiene a través de la noche de la muerte que él mismo cruzó; él es el Buen Pastor, a cuya guía nos podemos confiar sin ningún miedo, porque él conoce bien el camino, incluso a través de la oscuridad.

Cada domingo reafirmamos esta verdad al recitar el Credo. Y al ir a los cementerios y rezar por nuestros difuntos, se nos invita, una vez más, a renovar con valentía y con fuerza nuestra fe en la vida eterna, más aún, a vivir con esta gran esperanza y testimoniarla al mundo: tras el presente no se encuentra la nada. Y precisamente la fe en la vida eterna da al cristiano la valentía de amar aún más intensamente nuestra tierra y de trabajar por construirle un futuro, por darle una esperanza verdadera y firme. Gracias.

